

DON MANUEL MILÁ Y FONTANALS

EL LENGUAJE LEMOSIN

¿Por qué no nací en los días
De las glorias catalanas
Cuando el habla lemosina
Del poder y honor fué el habla?
¡Ay! marchito quedó el brillo
De la lira de Occitania,
Mustia la violeta de oro
Y rota el áurea cigarra.

Cesaron ya los antiguos
Cantos de amor y batalla,
En los alcázares regios
Y en las populares plazas.

Ya no más *lais y tensiones*
De los maestros del arpa
Que los campos recorrían
Seguidos de turbas gayas.

Ya no más cortes de amor
Donde el ingenio imperaba,
Ya no más coronas de oro
Ea las frentes inspiradas.

Del saber el noble cetro
Que el catalán empuñaba
Cayó también de su diestra
Al olvidarse su habla.

Mas el eco del torrente
Que ocultan encinas altas
Y sus ondas precipita
Entre las peñas quebradas;

Los monótonos acentos
De selvática balada;
El ruido de la cuna

Que ora suena y ora para:

El festivo clamoreo
De vibradoras campanas,
En lenguaje lemosino
Hablarán siempre á mi alma.

LA SIRENA

¿Visteis una sirena,
De triste, si dulcísima mirada?
Grato su nombre suena:
Su aspecto turba y á la vez agrada.
Esquiva sus abrazos,
¡Oh joven!, si la amaste, que aun es hora;
Rompe aprisa sus lazos,
Que bella y ponzoñosa flor decora.
Como huésped de un día,
Visita á su amador, y le acompaña:
Con sueños de alegría,
Con un mentido porvenir le engaña.

«Para grandezas eres,
—Lisonjera al oído le murmura,—
Desdeña los placeres
Del humilde varón y su ventura.»
Y en perezoso lecho
De orgullo y de tristezas él se embriaga,
Y mientras en su pecho
La viva llama de virtud se apaga.
Tesoro tras tesoro
Arroja á la corriente de la vida,
Y con imbécil lloro
Lamenta la riqueza sumergida.
Fatal melancolía,
Compañera en mal punto acariciada,
¡Sé para el alma mía
Cruz y no amor al fin de la jornada!

DON JUAN DE LA PEZUELA

(*Conde de Cheste*).

LETRILLA Á ROSANA

No siempre amor prepara
De rosas sus cadenas,
Ni están de fruto llenas
Las ramas del placer.
De tí ya me separa
Crudo deber tirano;
Tu rostro soberano
No he visto desde ayer.
En vigilancia activa,
Junto al arnés y espada,
Sólo el pensar me agrada
Que atiendo al común pró;
Y mientras que festiva
Pasas la noche ufana,
Velando por Rosana
Paso la noche yo.
Mi pecho apesadumbra
Del sitio la aspereza,

Si alivian mi tristeza
Los brazos de esa cruz.
La negra estancia alumbra
Del que rendido te ama
La vacilante llama
De moribunda luz.
Sitial de tablas duras
Y capas protectoras,
Confortan pocas horas
Del día que ayer ví;
Y entre armas y armaduras,
Caballos y guerreros,
Dos fieles compañeros
Descansan junto á mí.
¡Descansan!... ¡Ah! Su pecho
Está de amor vacío,
Y yo siento en el mío
Abrasador volcán.
¡Descansan, y en mi lecho
Yo agito mi quebranto,
Y turbo con mi llanto
Los sueños que tendrán!
Si cedo al sueño, un eco
De pronto me despierta
Y del cansado ¡alergia!...
Escucho el largo són;
Ó el relinchido hueco
Del alazán brioso,
Que aumenta estrepitoso
el cóncavo artesón.
Al que apartado gime
De tus divinos ojos

La vida es toda enojos
Y aborrecerla voy,
Si tu beldad no imprime
En mi ánimo la calma;
Si, como teme el alma,
No vuelvo á verte hoy.
Mas ya á mi lecho duro
Su rayo el sol envía;
Ya dora el nuevo día
Mi lóbrega prisión:
Y del recinto oscuro,
Donde penando mora,
Á tí vuela, señora,
Mi amante corazón.

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

(*Figaro*).

RECUERDOS

Lisboa, Mayo de 1835

Ya es la noche bien cerrada,
Y entre las oscuras sombras
Del bravo viento impelidas
Se ven reluchar las ondas.
En el inquieto elemento
De la bahía anchurosa
Solo el balance alternado
Del surto buque se nota.
Que ni bergantín velero
La rauda corriente corta,
Ni á la gaviota se siente
Buscar abrigo en las rocas.
Sólo al lejos se divisan
Columpiándose las copas
De una ligera falúa
Que presta al viento su lona;
Y lejos, tras sí dejando
Las peninsulares costas,
Confusamente aparece
Vuelta á los mares la proa.

— 153 —

Tal vez la rápida llama
De un relámpago colora
La vacilante cubierta
De la nave nadadora;
Y el delineado contorno
De una misteriosa sombra
Entonces á ver se acierta
Puesta en pie sobre la popa.

Nube de dolor envuelve
Su frente altiva y rugosa,
Y en firme actitud parece
Ser el genio de las olas.

Ora en la ciudad de Ulises
Clavando la vista torva,
Ora contemplando triste
La marejada espumosa,

Tan presto un hondo suspiro
De su corazón rebosa,
Como á sus trémulos labios
Sonrisa amarga se asoma.

Al fin lanza de su pecho
La voz destemplada y ronca,
Y así al Tajo, que le escucha,
Con triste acento apostrofa:

«Río Tajo, río Tajo,
El de la corriente undosa,
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra;

»Tú me viste más felice
Que infeliz me ves ahora;
Aun no pasaron seis lunas
Y pasó mi dicha toda.

»Risas y juegos y amores
Me tejían la corona;
Mas era de flores leves
Que un leve soplo deshoja.
»Y hoy más lágrimas ardientes
De mis pobres ojos brotan
Que turbias ondas revuelves
Contra el muro de Lisboa;
»Que amor, como tú, en su origen
A bogar manso provoca
Al incauto navegante
En sus aguas humildosas;
»Y, á su fin, crecido y fuerte
Y caudaloso le ahoga,
De sus esfuerzos burlando,
En la barra procelosa.
»Lleva á los mares mis quejas,
Ya que tu corriente loca
No te consiente tornarlas
Á donde está mi Señora.
»Tal vez ora con tus aguas
Mezcla lágrimas copiosas,
Y tú al mar llevas con ellas
Al mismo que las provoca.
»Tú que fecundante bañas
Las regiones españolas,
Desde el alcázar de Reyes,
Que Aranjuez rico decora,
»Hasta las playas de Luso,
Archivo de tantas glorias,
Deja un punto para oirme
Sus venerandas memorias;

»Que harto sin tí de los Gamas
Los altos hechos pregona
El mundo todo, asombrado,
Desde el Brasil hasta Goa.
»Si, en tu curso hasta los mares
Algún alma generosa
Hallas á enjugar propicia
Mis lágrimas abundosas;
»Si lusitanas bellezas
Mi muda lira provocan,
Si el tributo te demandan
De admiración amorosa,
»Diles ¡ay! que ya tan solo
Ecos de dolor entona;
Para amores y placeres
Que sus cuerdas yacen rotas.
»Diles que errante y perdido
El vate infeliz se arroja
Al mar, maldiciendo acaso
La misma patria que adora;
»Que busca paz en el golfo
Y sepultura en las olas,
Que su musa es la desgracia
Que las tormentas invoca;
»Que no heredó de Camõens
Sino la desdicha loca,
Mas no con el plectro dulce
La inspiración que le endiosa.
»Diles que tan sólo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue á Dios que no amen nunca
Las que aun el amor ignoran!

»Plegue al cielo que en su vida
Las haga el amor dichosas!
Que son del amor las dichas
Más amargas que las ondas.

»Como ellas también volubles,
Como ellas halagadoras,
Pérfidas también como ellas
Y como ellas azarasas.

»Esto diles, y en tu curso,
Si ha de ser mi última hora,
Haz que tus ondas me traigan
El nombre de mi Señora.»

Aun sonaban los acentos
De la sombra misteriosa,
Y ya apenas se estrellaban
En los muros de Lisboa.

Lejos de la playa amiga
El bajel humilde boga;
Tal vez se hunde en los abismos,
Tal vez en las nubes toca.

Arrecia el viento irritado
Sacudiendo la ancha lona:
Un punto negro es el barco
Entre la espuma furiosa.

Montes de agua le combaten,
Vientos opuestos le azotan,
Ardientes rayos le abruman,
Continuos truenos le asordan,

Y con la tormenta el vate
Confunde su voz sonora,
Y en su último acento se oye
El nombre de su Señora.

DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(*El Curioso Parlante*).

EL COCHE SIMÓN

I

Hay en Madrid un simón
Que se alquila... no sé donde,
Y tiene más aventuras
Que Gil Blas ó Don Quijote.

Su figura es de caldera,
Verde y negro sus colores;
No tiene muelles de C,
Ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
Se ostentan empresas nobles,
Ni guarnecido pescante
Con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
Holgado en sus dimensiones,
Tan cerca está de cajón
Como distante de coche;

Y á no ser por cuatro ruedas
Que se mueven, si no corren,

Tomáranle por sepulcro
Ó babilónica torre.

Arrastran con harta pena
Esta máquina deforme
Dos mulas que fueron bravas
En mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
Pudiera decir primores,
Mas dejaré esta vez
Para contar la del coche.

Fué primero de un marqués
Que vino de no sé dónde
A pretender... ¡feliz siglo!
Una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
Tan caras eran entonces,
Como baratas se dan
En estos tiempos que corren.

Llegado que hubo á Madrid,
Quiso ostentar sus doblones,
Que no hay para pretender
Como pretender en coche;
Y á falta de los talleres
De Bruselas ó de Londres,
Un ambulante artificio
Buscó por toda la corte,

A tiempo que un gran maestro
(No le nombran los autores)
Daba el último barniz
Al recién nacido coche.

Sacóle el marqués de pila,
Luego sus armas le pone:

Campo de plata y dos zorras
Trepantes á un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
Por las calles de la corte
Salió á lucir y ostentar
Su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, á cuantas envidias,
Á qué ingratos sinsabores
Dió lugar la tal carroza
En nuestro Prado de entonces!

¡Quién dirá las aventuras,
Las intrigas, los honores,
Que valieron al marqués
Estos cuatro tablajones?

Por ellos venció á las diosas,
Por ellos mandó á los hombres,
Por ellos adquirió gota,
Ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
Y entre estolas y blandones
Le llevaron á enterrar,
Y pasó al concurso el coche.

II

«En virtud de providencia
Del señor Don Juan Quirós,
De esta coronada villa
Teniente corregidor;

»En los autos del concurso,
El marqués de... que finó,

Por óbito abintestato
Y han radicado ante nos,
»El infrascrito escribano,
Que firma esta relación,
Ordena su señoría
Que por cuanto el acreedor
»Ha probado su derecho
Y la hipotecaria acción
Que tiene por mil ducados
Al coche que aquél dejó,
»Se le endose y adjudique,
En íntegra posesión
La referida carroza!
Tasada en igual valor.
»Mandólo su señoría
En Madrid, y lo firmó
Á veinte y cuatro de Agosto
De mil ochocientos dos.»
Ya tenemos á mi coche
Con nuevo dueño y señor,
Un viejo capitalista
Bien cuidado y solterón,
Que en las campañas de Venus
Altos lauros alcanzó;
Azote de los maridos,
De las mujeres patrón.
Dedicaba por entonces
Su sexagenario amor
A una viuda de cuarenta,
Doña Tecla de Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
Hermoso guardacantón.!

¿Que don pudiera ofrecerla
Un apasionado amor
Come una máquina amiga
Que á influjo de bestias dos,
Imprimiese movimiento
Á volumen tan atroz?
No sabré decir el cómo;
Pero ello se celebró
Cuádrupe alianza entre aquellas,
La señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
Libres de vientos y sol,
Vivieron encadenados
En íntima relación,
Como una parte del coche,
Como en su celda el castor,
El gusano en su capullo,
Ó en su concha el caracol.
La muerte que se complace
En destruir con furor
Todas las dichas del hombre,
Por este tiempo alcanzó
A aquella dulce pareja,
Y... ¡cielos! ¡en qué ocasión!
Cuando no cabiendo ya
Dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
Con emblemas de pasión:
Dos corazones flechados
Y riéndose el Amor.
—¡Jesús! que extraños emblemas;
Llámenme pronto á un pintor

Que borre esas herejias
Y ponga el santo cordón,
El báculo y el capelo,
Y la cruz del Redentor. —

Esto decía el obispo
Que aquel coche remató,
É hisopo y agua bendita
Aplicaba al interior
Para purgar los pecados
Que supuso con razón.

Ya que fué purificado,
El muy ilustre señor
Subió con sus familiares
Á tomar la posesión.

¡Qué vida la que mi coche
Por aquel tiempo pasó!
Ni un capellán de las Huelgas
Puede contarla mejor:

Una novena á San Gil,
Y luego á tomar el sol
Al paseo de la Ronda
Ó al camino de Alcorcón;
O un viajecito hasta Atocha
Á visitar al prior,
Y luego volverse á casa
Al toque de la oración.

¡Qué vida! vuelvo á decir;
Pero aquel tiempo pasó,
Y vino otro de cuidados,
De sustos y agitación.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
Al obispo sucedió

De aquel histórico coche
En la grata posesión.

Nuevo impulso y movimiento
Á sus ejes imprimió,
Que estaban entumecidos
Por el reposo anterior.

De palacio al ministerio,
Desde el Consejo al salón,
Desde la audiencia al teatro,
Desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, que agitado
Por el mar de la ambición
Caminas á todos vientos,
Tras un fantástico honor!

¡Qué se hiciera aquel reposo
Que un día te permitió
Saborear de la existencia
El progreso bienhechor?

¡Qué, misero, has alcanzado
En premio de tu ambición,
Sino llegar más aprisa
Al término del favor?

Que mucho brillas, más dices,
Que escuchas de tu patrón
Altos secretos de Estado
Reservados á los dos;

Que todos te reverencian
Como á tan alto señor,
Y escuchas del que suplica
En torno tuyo la voz.

¡Ay cuitado! ¡no reparas
En el cielo del favor,

Miserable nubecilla
Que vé con desprecio el sol?
Pues mirala cual creciendo
El firmamento ocupó
Y roba al astro del día
Su fúlgido resplandor.
Y mira al mortal gusano
Que á su cumbre se alcanzó,
Cuál vacila, tiembla y cae
De la tormenta al furor.
¡Pobre coche! tu menguada
Nulidad te defendió,
Quedando para testigo
De tu infamia y tu baldón;
Y vino un hombre sin nombre
Que tus favores vendió,
Y en pago á tus demasías
Y ridícula ambición,
Riéndose á un pueblo entero
Por escarnio te entregó,
Para que puedas decir
En sentida exclamación:
*Aprended coches, de mí
Lo que va de ayer á hoy.*

III

De un anchuroso corral
Sobre la menguada puerta
Que asienta en el interior
De una sucia callejuela,

En letras greco-romanas
Y ortografía caldea
Dice: «*Aquí se alquilan coches*»
Una envejecida muestra.
Yacen en el interior,
Sin guardas y á la inclemencia
Cien carrozas, que otro tiempo
Ornaron la corte regia.
Y ora tristes, abatidas
Por el tiempo y la miseria,
En un lupanar de coches
Lloran su pública afrenta.
Miranse en él confundidos,
Sin gerarquía y sin regla,
Cien románticas carrozas
Cien clásicas diligencias.
Allí el almagrado coche
Que arrastraron seis colleras,
Está llorando festines
Y soñando en la Alameda.
Allí el bombé vacilante
Que dejó el doctor Postema,
Reza y murmura aforismos
Y latines de receta.
Más allá hay una berlina
Con cifras y otros emblemas,
De uno que fué al hospital
Sin zapatos ni calcetas.
Aquí un sucio faetón,
Allí una gran carretela,
Que fué premio en otro tiempo
De una virtud de Lucrecia;

Y agrupadas á un rincón
Se miran cuatro calesas
Que á queso y á vino puro
Trascienden á media legua.

En tan sucia compañía,
Y en situación tan adversa,
Un coche también... ¡Dios mío!,
(Casi no acierta la lengua).

Un coche... ¿si será él?
Un coche... sí, el mismo era,
El del marqués, del obispo,
Del ministro y doña Tecla.

¡Ay! quién fuera Garcilaso
Para exclamar: «Dulces Prendas,
Aquí por mi mal halladas,»
Con lo demás que se deja.

¿Y habrá después, ¡oh fortuna!
Quién fie en tu faz risueña,
Y no te vuelva la espalda
Antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos á mi coche
Y dejemos las sentencias,
Que dicen bien en un libro
Con tal de que no se lean.

En hábito verdi-negro,
Como ya descrito queda,
Ha trasformado sus galas,
Sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
En dos mulas peli-negras,
Que corrieron ha veinte años
Todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timón,
Sentado en su delantera,
Un infanzón de Cantabria
Tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
Su tosca persona encierra,
Y un sombrero des-alado
Metido hasta las orejas.

Cantando está á media voz,
Mientras que las ocho suenan,
Las glorias de Covadonga
Por el són de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
Pensando están en que piensan,
Y de este pienso mental
Se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos piés
Como el que en la proa asienta,
Sube con pena á la popa
Y á los tirantes se cuelga,

Con que la tripulación
Queda del todo completa:
Dos mulas y dos rocines,
Y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
Se abre del corral la puerta,
Y en oblicuo movimiento,
Y en marcha angustiosa y lenta,

Tiran torcidas las mulas
Á impulsos de la correa,
Y anunciando un fin cercano
Crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
Y á riesgo de las aceras,
La máquina informe arrastra,
Dando á quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos
En menos de una hora llega
Á la puerta del letrado
Que va á charlar á la Audiencia.

Embarca en él su persona
Medio cura y medio enferma,
Y saca las doctas mangas
Por entrambas portezuelas.

Luego que llega al Consejo,
Mientras su derecho alega,
Cochero y mozo liquidan
La propina en la taberna,

Con que añaden á su celo
De Yepes azumbre y media,
Para hacer más llevadero
El trabajo de la vuelta.

Después del pleito, á visitas
Con la letrada y su suegra,
Cinco chiquillos y una ama,
Dos pasantes y una perra.

Vuelta después al corral;
Ya don Timoteo espera
Para ir á misa de dos
Del Buen Suceso... á la puerta.

La misa ya se ha acabado,
Mas, por cuanto la marquesa
Al ver á don Timoteo
Se siente un poco indispueta,

El, á fuer de hombre gentil,
La ofrece su carretela,
Y á fin de tomar el aire
Van camino de la Venta.

En vano el pobre simón
Les grita que den la vuelta
Que hace falta en un bautizo
Antes de las cuatro y media.

Suéltanle á las cinco, en fin,
Toma el paso á media rienda,
Y en casa de la parida
Á oír maldiciones llega.

Suben en él la madrina,
El padrino, la pasiega,
Los hermanos, el autor,
Y el chico con falda nueva.

Cien pillos de todo el barrio,
Que ha vomitado una escuela,
Van corriendo tras el coche;
Ya suben á la trasera;

Ya trepan á los estribos;
Ya se agarran de las ruedas;
Ya gritan: «Señor padrino,
¿Cuándo baja la moneda?»

Ya hacen gestos al simón;
Ya al lacayo desesperan,
Apoyando sus razones
En alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajón,
Va la gente á la comedia,
Y el coche hasta media noche
Embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
Guardando siempre la dieta,
Y cuando dan vuelta á casa
Hasta en su sombra tropiezan.

Otro día... ¿pero acaso
Pretendo que sea eterna
Esta triste relación
Y que en crónica se vuelva?

¿No ha de acabarse jamás?
Ni cómo narrar pudiera
Uno á uno los sucesos
Que en sus páginas encierra?

Baste decir que en Enero
Hay un San Antón, y hay vueltas,
Que hay máscaras en Febrero,
Y en Marzo hay Pepes y Pepas;

Que Abril encierra una Pascua,
Mayo á San Isidro fiesta;
Junio noche de San Juan
Con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
Las entretenidas fiestas,
Y en Agosto Manzanares
Brinda con húmeda arena;

Viene Septiembre después
Con sus históricas ferias,
Y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas;

Y Octubre empieza á mostrar
Sus frios y calles puercas;
Y Noviembre sus difuntos,
Diciembre su noche-buena.

Y en todos meses del año
Hay cortejos y hay cortejas,
Y hay revistas, besamanos,
Y hay visitas, y hay audiencias;

Y hay tontas, á quien se engaña
Con una máquina de estas,
Y hay jugadores que ganan,
Y hay empleados que medran,
Y hay indianos de San Lúcar,
Y hay sin condados condesas,
Y hay nobleza que ostentar,
Y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
Puede este coche dar cuenta,
Mas por desgracia no sabe
Porque carece de lengua.

Yo, viéndole sordo-mudo,
En descargo de su pena
Quise atreverme á formar
(Puesto que no soy poeta)

En estos *clásicos* versos
Esta *clásica* leyenda,
Á riesgo de que el lector
Clásicamente se duerma.